

CATEGORÍA: RELATO CORTO  
EDAD: 40  
PSEUDÓNIMO: Caballero Trueno  
**TÍTULO: "El primer beso"**

La tarde está revoltosa y el viento hace volar los cientos de hojas secas que, semanas antes, poblaban las ramas de los árboles de la plaza. La temperatura es baja, aunque lo será más cuando lleguen los primeros fríos de diciembre. La ciudad está, toda ella, bajo un manto de luz azulada que, entre plateados nubarrones, viste con elegancia a las gárgolas que, desde lo alto de los insignes edificios, asisten imperecederas al acontecer de la vida de los que, con más valor que prudencia, hemos decidido salir a pasear.

Tus manos siempre están calientes. ¿O será mi imaginación enamorada? El caso es que he vuelto a dejar en casa los guantes que me regalaste la Navidad pasada. Prefiero tu piel, sin aditivos, ni colorantes; sin azúcares añadidos ni intensificadores de sabor. Hoy seguro que algún gurú de internet diría que nuestra relación es ecológica, natural, cultivada a mano; a espaldas de la industria del amor moderno. Estos sabios de la postmodernidad ya no saben qué inventar. Tú y yo sabemos que lo esencial está ya todo inventado y que, sin embargo, hemos tenido que descubrirnos mutuamente cada día de nuestra vida.

*Aprovecho el semáforo en rojo para acercarme a ti. Te has dado cuenta. Tu mano, cogida a la mía, me ha dado las gracias apretándose un poco más.*

- Cariño... - me atrevo a susurrar para llamar tu atención.

Y sin preguntar, como a mí me gusta, te beso en cuanto tu boca se sitúa frente a la mía.

Me gustan tus besos que se dejan encontrar por los míos. Tú nunca me hubieras besado en una esquina, frente al semáforo, a la vista de todos. Tu corrección te lo impide, siempre lo ha hecho. Sin embargo te dejas, siempre lo has hecho. Uno de los chicos de la plaza, subido en su monopatín, no deja de mirarnos. ¿No sabrá lo que es un beso de verdad? ¿Nadie se lo habrá enseñado?

Cruzamos y entramos en el café donde llevamos entrando las tardes de domingo de los últimos cincuenta y cinco años. Coges la misma carta de siempre y la repasas como si fuera la primera vez. Yo espero como si no supiera lo que vas a pedir. Y te miro. Hoy te has maquillado un poco y aunque ya nada disimula las arrugas, pareces más joven. Hay algo distinto en ti aunque yo siga viéndote como aquella primera tarde en la que nos conocimos. También te miré aquel día y tuve la suerte de que te dieras cuenta de mi fascinación.

El descafeinado con leche con sacarina nos devuelve la temperatura que habíamos dejado en la calle. Me cuentas lo que más te ha gustado del día y lo que te ha hecho más feliz de la comida de domingo con los niños y los nietos. Nos reímos recordando el chiste que el pequeño contó en el postre, madre mía... Me propones pagar nosotros las extraescolares de los pequeños, para ayudar a los chicos. Me parece bien. Entra una pareja joven y se van al vernos en la primera mesa. Creo que la chica dijo algo así como que este era un sitio de viejos... ¡¿Viejos nosotros?! ¡Y a mucha honra! Te levantas al baño y yo

aprovecho para pagar la cuenta. Salgo y te espero y, por un instante, me atormenta la idea de tener que venir una tarde de domingo sin ti, de que llegue el día en que no tenga a nadie a quien esperar.

Sales sonriendo. Sé que eres tú. Tú eres la mujer con la que quiero vivir el resto de mi vida. Me coges del brazo.

- Volvamos a casa – me dices.

Y caminamos, como caracoles, lentos, con el hogar a cuestas. Porque de esto se trata el amor, de ser casa el uno para el otro; lugar de descanso, lugar de pasión, lugar de diversión, lugar por el que uno lo deja todo para instalarse de por vida. Contra el viento, sólo sirve caminar por la vida bien agarrados. Contra el frío, el calor de una mano compartida y de un beso encendido que no conoce edad.

El semáforo en rojo nos obliga a parar. Arrebatadora y descarada, te giras y me besas por sorpresa. No ha habido beso mejor. Ha sido nuestro primer beso, cincuenta y cinco años después...